

Eugenio hubiese podido contener á los rusos de haberle apoyado resueltamente los austriacos de Schwarzenberg, pero éste se retiró de Varsovia á Cracovia, con el pretexto de tener allí sus almacenes y allí hubieron de seguirle los polacos que mandaba Poniatowski. Descubierta Eugenio, se retiró de Varsovia á Posen, de Posen á Francfort sobre el Oder, de aquí á Berlín, y en fin, de Berlín al Elba á Magdeburg, en donde entraba el 5 de Marzo de 1813. Diez días después, Prusia, desde Berlín, declaraba la guerra á Napoleón.

Como tantas veces se ha declarado contra los

españoles, por la cruel guerra que hacíamos á los franceses que traidoramente se habían apoderado de nuestra patria, como tantas veces se han querido disimular y disculpar las atrocidades de los jefes franceses, pretextando la irregular constitución de nuestros cuerpos francos, y la indebida cooperación del paisanaje, y como, en fin, hasta el mismo Napoleón achacaba á vicios de nuestro carácter meridional la que era la más solemne expresión del heroísmo español, reproduciremos las principales disposiciones de la proclamación real de 21 de Abril de 1813, llamando á todos los prusianos á las ar-



Los restos del grande ejército en Königsberg

mas, con esto se verá, que en iguales condiciones, cuando el ánimo no falta, lo mismo en la meridional España, que en la septentrional Prusia se piensa y se obra de la misma manera.

Decretábase, pues, «que la Landsturm existía en donde quiera que el enemigo intentase invadir el suelo prusiano.

»Que cuando hay lugar á proclamar este levantamiento en masa, la guerra, á la que se llama á la Landsturm, es el combate de la necesidad, *que santifica todos los medios, los más terribles son los mejores, pues son aquellos que deciden más prontamente del éxito de la buena causa.*

»La misión de la Landsturm es la de dificultar la marcha del enemigo, cortarle la retirada, detener sus municiones, sus subsistencias, sus correos, sus reclutas, apoderarse de sus ambulancias, de acosarle con ataques nocturnos, en una palabra, de inquietarle y atormentarle, anonadándole á fuerza de insomnios, procurando destruirle aisladamente ó por cuerpos.

»Todo ciudadano que no pertenezca al ejército activo forma parte de la Landsturm, desde quince á sesenta años, tan pronto se proclama la insurrección.

»Toda tentativa para sustraerse á las obligaciones, servicios, etc., de la Landsturm, se castigaba con la pena de muerte.

»La Landsturm no tiene uniforme ni insignias determinadas, pues esto daría á conocer á los hombres de la Landsturm, y los entregaría á las persecuciones del enemigo.

»Si un hombre de la Landsturm caía prisionero y el enemigo se permitía tratarle más duramente que á los otros prisioneros del ejército activo, S. M. se comprometía solemnemente á tomar, dentro del más breve plazo posible, rigurosas represalias.»

A los gobernadores militares se les decía: «Es del deber de todo habitante dar el alerta tan pronto personas pertenecientes al ejército francés se permitieran maltratar á los prisioneros de la Landsturm, á

fin de que la pena del talión se aplique, dentro de las veinticuatro horas, á un prisionero francés.

»Puede presentarse el caso en que los gobernadores de provincias juzguen útil poner una parte del territorio en tal estado que el enemigo no pueda subsistir en él; en este caso, la Landsturm debe

prepararse á una emigración en masa, con mujeres, niños y viejos. Débense entonces destruir las harinas, verter la cerveza y el aguardiente, incendiar las cosechas, los molinos, las barcas y los puentes, y obstruir las fuentes.

»Queda prohibido, bajo pena de infamia, prestar



PRÍNCIPE DE WITGENSTEIN

el servicio de guardia nacional ó guardia cívica bajo la influencia ó vigilancia del enemigo. Esos medios de orden aparente han servido á menudo para economizar á un invasor numerosas guarniciones.»

Este acalorado decreto, que no puede compararse con los de nuestros jefes, que hicieron voluntariamente lo que en Prusia se ordenaba de real orden, prendió fuego á Alemania entera. El mismo rey de Sajonia, tan adicto á los franceses, abandonó á Dresde, en donde estaba Davout, y se fué á Ratisbona

para dar prueba de su neutralidad. En Austria mismo la agitación era extremada; pero el rey Francisco, lo mismo que Metternich, estaban lejos de secundar ni alentar movimiento popular alguno. Sucedió precisamente en Rusia y Austria, y también en Prusia, como hemos visto, que los gobiernos desconfiaban del éxito. Lo que en España creyó posible el pueblo, lo creían ahora también posible rusos, prusianos y austriacos, pero sus emperadores y reyes no lo veían tan claro, y hasta tal punto te-

mían entrar de nuevo en lucha con Francia, que aún después de la liberación de Prusia, tan felizmente llevada á cabo, Kutusoff declaraba solemnemente en Kalisch, que Francia nada debía temer y que nada se haría contra sus fronteras legítimas, cuando Austria consentía que Napoleón se quedara con la Holanda y hasta con Italia, si á tanto era necesario llegar, y si era también preciso, que continuara en Alemania el reino de Westphalia, y sobre la base de estas concesiones estaba dispuesto á tratar el mismo Alejandro.

Pero Napoleón no veía ni oía nada. Se creía más fuerte que Rusia y Prusia unidas, no creía que Austria pudiera abandonarla jamás, y en esta convicción no hizo la menor oposición á sus grandes armamentos. Empero, cuando vió no sólo á Eugenio detrás del Elba, sino esta misma línea, ya rebasada, pues los cosacos por tierra y los ingleses por mar entraron en Hamburgo, entonces creyó conveniente,—últimos de Marzo,—enviar á Narbonne á Viena, á pedir á su gobierno, que impusiera un armisticio á Rusia y Prusia, y que caso de negarse se pusiera sobre el flanco derecho del ejército francés que atacaría de frente á los coaligados, siendo el premio ofrecido la Silesia, una parte de Polonia y la Iliria. Metternich respondió á Narbonne que estaba pronto á lo que se le pedía si Napoleón consentía en dejar el ducado de Varsovia al rey de Sajonia, á las ciudades anseáticas en libertad, y si abandonaba en favor de Austria su título de Protector de la confederación del Rin. Pero como de costumbre, Napoleón, que nunca admitía que nadie pudiera disentir de su opinión, contando con la adhesión de Austria, salió á campaña, sin esperar su respuesta. El día 17 de Abril estaba ya en Maguncia. En Francia quedaba de regente María Luísa, con lo que había pensado hacerse simpático á Viena, pero en realidad la regencia la desempeñaba Cambaceres.

Al abrir la campaña, y cuando ya Napoleón se había unido á Eugenio, tenía bajo sus manos á doscientos mil hombres. A espaldas del enemigo, quedaban, sesenta mil hombres encerrados en Dantzic y otras plazas fuertes del Vístula. Poniatowski estaba en Galitzia con sus poloneses, separado por todo el grueso de las fuerzas enemigas de los franceses. Napoleón, á pesar de haber procurado remontar su caballería haciéndose ofrecer voluntariamente caballos equipados por todos los pueblos de Francia logrando reunir por este medio veinticinco mil caballos, era débil en caballería y su artillería no estaba mejor montada.

Precisamente contando con la gran superioridad

de su caballería cometieron los rusos y los prusianos la imprudencia de pasar el Elba, cuando no podían oponer á Napoleón más allá de cien mil infantes, y cuando Bernadotte, que debía amagar el flanco izquierdo de los franceses, no se había dejado aún ver en el continente por detenerle ahora su conquista de Noruega. Para mayor desgracia el viejo Kutusoff acababa de morir, y no había en todo el ejército aliado quien pudiera reemplazarle. Alejandro no era hombre de guerra. Así continuaron avanzando sin encontrarse, hasta topar en Weisensfels el día 29 de Abril con la vanguardia de Napoleón que mandaba Ney, en cuyo combate los reclutas de 1813 resistieron bravamente y pusieron en fuga á los ensoberbecidos cosacos. Dos días después encontrábase nuevamente las dos vanguardias en la llanura de Lutzen en donde había penetrado Napoleón formando su ejército en tres columnas, pereciendo en este día de una bala de cañón el mariscal Bessieres.

Continuaron el día 2 de Mayo los franceses avanzando, arrojando Eugenio, que mandaba la izquierda francesa, á los prusianos de Leipzig, á la vez que los aliados dirigidos por Blücher caían sobre el centro francés mandado por Ney que había ocupado los pueblos de las cercanías de Lutzen. Su embestida fué brava, pero á Blücher le faltaban fuerzas, y así no hizo mas que precipitar la destrucción de su ejército al empeñarse en vencer, atacando lo que luego tenía que abandonar cuando su arrojo y el de su gente había conseguido apoderarse de las posiciones enemigas. Cuando Napoleón tranquilo por su centro se disponía á envolver por sus flancos á los aliados lanzando sobre ellos á Eugenio y á Bertrand, llegó la noche y el enemigo se retiró, pero como la caballería era escasa, Napoleón no pudo pensar siquiera en perseguir á los que se retiraban de aquel sangriento campo de batalla que ocupaban cuarenta mil hombres entre muertos y heridos.

¿Cuáles iban á ser los resultados de la batalla de Lutzen?

Napoleón no vió en la victoria mas que la seguridad de que esta no había abandonado á las banderas francesas. Austria, en cambio, vió en ella una de esas victorias rusas que habían de aniquilar á Napoleón que no podría llenar como los aliados, con la misma celeridad de éste, sus cuadros. En efecto, mientras Davout organizaba en Maguncia y Westphalia nuevos batallones, los aliados reponían sus pérdidas sufridas en Lutzen con treinta mil hombres de refresco. Así Austria creyó precisamente, después de la victoria francesa de Lutzen, que

debía intervenir para fijar las condiciones de la paz.

Metternich que había conseguido que el rey de Sajonia se retirara á Praga al moverse los franceses, le había convencido de la necesidad de que renunciase al ducado de Varsovia, y así proponía, que se restableciera la Prusia y se la ensanchara en Alemania, devolviéndole además las provincias polacas que había perdido de 1794 á 1806, y la renuncia de Napoleón á las ciudades anseáticas y al protectorado de la confederación del Rin, es decir, Austria dejaba á Francia en Roma y en Amsterdam y á estas condiciones les llamó Napoleón humillantes. Mas aún, las llamó la traición de un suegro, no pensando ya más desde este momento que en vengarse de su deslealtad, ocurriéndosele á dicho fin enviar á Caulaincourt al lado de Alejandro para entenderse con él directamente y hacer la paz á expensas de Francia. Así cuando Bubna llegó á Dresde, Napoleón que se disponía á salir para la batalla de Bantzen procuró engañarle y ganar tiempo, pero el diplomático austriaco supo lo que significaba la embajada de Caulaincourt que Alejandro se apresuró á divulgar, y Napoleón tenía al fin en Austria el enemigo que iba á cerrarle entre sus brazos.

Salió, pues, Napoleón para el nuevo campo de batalla en donde esperaba encontrar un Austerlitz ó un Jena que le haría nuevamente árbitro de Europa, y el 19 de Mayo reconocía las posiciones enemigas que se extendían por la derecha del Sprea y montes inmediatos. En este mismo día á la llegada de Ney y de Lauristón llamados al campo de batalla cuando estaban ya en marcha para Berlín, hubo algunos combates sobre la izquierda francesa, pero el combate no se formalizó, y se dejó para el día siguiente que principió la batalla forzando Oudinot el paso del río, arrojando luego á los rusos de la montaña llamada Tronberg. Por el centro avanzó Macdonald, pasó el río y se apoderó de Bautzen. A la vez hacían lo mismo Marmont y Bertrand por la izquierda.

Rusos y prusianos habían perdido su primera línea de combate, pero no se consideraban ni derrotados ni quebrantados, así como si se tratase de simples ejercicios militares se replegaron sobre su segunda línea cubierta por un profundo arroyo y por colinas llenas de bajo monte. La batalla quedaba, pues, nuevamente aplazada.

Amaneció el 21 y como Ney aún no había terminado su marcha envolvente se contentó Napoleón cañoneando la línea enemiga, pero al oír el cañón de Ney mandó atacar nuevamente de frente al ene-

migo, pero Ney estaba á dos ó tres leguas del ejército francés y no sabía nada de sus posiciones, así no se atrevió á cargar á fondo á Barclay de Tolly que le presentaba fuertes masas de caballería é infantería, máxime viendo en las alturas y por entre el bajo monte á la infantería de Blücher. Este no pudo resistir al doble ataque de Ney y de Napoleón y tuvo que batirse en retirada sobre el centro de los aliados. Esta retirada produjo la de la victoriosa izquierda rusa que había recuperado las posiciones perdidas el día anterior. Si Ney, como en otras ocasiones, hubiese fiado más en su valor y en su audacia que no en las combinaciones estratégicas, Napoleón tal vez hubiese encontrado en Bautzen lo que había salido á buscar en ella, pero ahora veía al enemigo retirarse dispuesto á combatir de nuevo y estas batallas terribles, sangrientas cual ningunas otras, se parecían á las batallas de Rusia. Tan cierto es esto que dos días después de Bautzen la vanguardia francesa y la retaguardia aliada trabaron mortífero combate sobre la misma carretera de Breslau muriendo en él el mariscal Duroc por haberle alcanzado una bala de cañón.

Duroc había sido en todo tiempo hombre muy querido de Napoleón porque era sabio y prudente en el consejo y bravo como el que más en el combate, así su muerte hubo de afectar profundamente al gran capitán, pues el que pocos momentos antes de recibir la muerte decía á Caulaincourt que Napoleón no había aprovechado las lecciones de la desgracia, y que todo aquello acabaría mal, hubo de decirselo más de una vez durante la campaña, pues Napoleón sufría de Duroc toda clase de observaciones. Ello es, que cuando más que nunca debía hacer Napoleón un esfuerzo para aplastar el enemigo, y cuando cada día más se iba alejando del territorio austriaco imposibilitando la cooperación de Austria sobre el campo de batalla de los aliados, se allanó á aceptar una suspensión de hostilidades para tratar de la paz sobre las bases presentadas por Austria. Napoleón era ahora víctima de las lecciones que había dado á sus enemigos. Mientras se proponía la dicha suspensión, Alejandro tenía ya en marcha para Viena á Nesselrode quien debía decir á Metternich, que trataría directamente con Napoleón si Austria no se decidía á entrar sobre la marcha en la coalición. Metternich á lo que se comprometió desde luego fué, á entrar en la coalición, si Napoleón al espirar el armisticio que se había firmado el 4 de Junio no aceptaba proposiciones razonables.

Pero Napoleón, si por un momento había pensa-